

GRACIA. Nada, nada: cosa resuelta. Soy madrina de vuestro nieto y voy al bautizo de mantón. ¡Y que tengo yo uno de espuma que es un andrajó! Acercándose á don Faustino. Sí, papá, sí; aunque tú no quieras, que sí quieres. En Guadalema la gente se aburre mucho y hay que procurar entreterla dándole que decir.

DON FAUSTINO. Si lo haces con ese fin alto y caritativo, estamos de acuerdo.

SALVADORA. ¡Ah! ¡Cómo se va á poner aquella hija cuando lo sepa!...

GRACIA. Ea, pues andad á decírselo. Ahora viene bien el levantarse.

JUAN. Si es que estamos los dos como embalsamaos... Anda, Salvadora.

*Se levantan.*

SALVADORA. Lloriqueando. Lo que menos podíamos esperar era este alegrón...

JUAN. Lo mismo. Ésta, como es mujer, se afeta.

GRACIA. Vaya, vaya, que no quiero lloros.

JUAN. Señorito, con Dios. Con Dios, señorita.

DON FAUSTINO. Id con Dios.

JUAN. Encaminándose con Salvadora hacia el foro, por donde se van, echando bendiciones y diciendo las últimas frases. Que el Señor le pague á usted esta buena obra, señorita.

SALVADORA. Y que la Virgen le dé mucha salud, pa bien de los pobres, señorita.

JUAN. Y que vea usted á su papá con mil años, hecho una momia... y usted lo saque al sol, señorita.

SALVADORA. Y que aquí no haiga penas nunca.

JUAN. Y que si ha de haberlas, Dios me las mande á mí.

GRACIA. ¡Pobre gente! Lo que agradecen ellos..

DON FAUSTINO. Como locos van. Pero ¿por qué no me habias dicho...?

GRACIA. ¡Si se me ha ocurrido esta noche, papá! No he podido pegar los ojos á cuenta de la idea. Mirando hacia la puerta de la derecha. Ah, Gonzalo. Dile que me espere; que no se vaya sin hablarme. Vuelvo en seguida. Coge su bolso y su sombrilla y se va por la puerta de la izquierda.

DON FAUSTINO. Se me figura que no tendré yo que decirle nada.

*Sale GONZALO.*

GONZALO. Don Faustino, muy buenos días.

DON FAUSTINO. Hola, doctorcillo. ¿Qué tal?

GONZALO. Viviendo. ¿Y Gracia?

DON FAUSTINO. Conmigo estaba aquí. Al sentirlo á usted, me encargó que no se marchara sin hablarle. Y se marchó ella.

GONZALO. ¿Y usted, está más fuerte?

DON FAUSTINO. Sí, señor; muchísimo más fuerte. Esos sellos que me ha recetado usted son maravillosos.

GONZALO. ¿Lo ve usted, incrédulo?

DON FAUSTINO. En fin, no le digo á usted más: yo no he tomado todavía ninguno, y solamente de enviar por ellos á la botica, me siento mejor. ¡Si serán eficaces!

GONZALO. ¡Vamos!

DON FAUSTINO. ¿Qué le sucede á usted? Esa

cara no está normal. Á cuenta del Asilo, como si lo viera.

*Se sientan los dos.*

GONZALO. Á cuenta del Asilo, es cierto. Hace poco más de tres meses que se hizo pública la idea, y ya me pesa á mi como si hiciera un año. No me agradezca usted la visita. Vengo aquí, porque no siendo en mi casa, con mis padres, en ninguna más que en la de usted puedo hablar francamente. La confianza con que aquí se me recibe, el apoyo que ustedes me prestan, son un descanso, un alivio de mis mortificaciones de estos días.

DON FAUSTINO. ¡Ay, amigo mío! Es que usted ha peleado mucho con los libros, y muy poquito con los hombres. Y si á los libros se les vence gozando, á los hombres no se les vence sino sufriendo. Empieza usted ahora. Usted ha subido mucho y muy aprisa, y eso, que es un mérito en cualquier parte, en Guadalema es un delito. Además, hay otra circunstancia... Verá usted: un ejemplo: á un escultor, mientras no hace más que amontonar barro sobre barro y arañar en él con los palillos, persiguiendo la forma bella, se le deja hacer, acaso se le admira, pero no se le envidia aún. No se le envidia hasta que debajo de aquella corteza tosca descubre la estatua, que luego cuaja el bronce perpetuamente. Pues mírese usted en ese espejo. Su carrera rápida y gloriosa, sus libros, sus triunfos de Madrid, todo lo que usted es y vale quedará como consolidado en ese edificio que pretende usted levantar con el auxilio de sus paisanos... Y eso, amigo mío, es mandar la estatua de

barro á la fundición en hombros de todos; y créalo usted, se resistirán á llevarla, y si la llevan, procurarán tirarla al suelo en el camino. Conque paciencia... valor... y adelante. Dios dirá.

GONZALO. Valor no me falta, ya lo sabe usted; pero temo mucho á la asfixia.

DON FAUSTINO. ¿Tan pesada va siendo ya la atmósfera?

GONZALO. Dos días más, y me dará vergüenza salir á la calle.

DON FAUSTINO. ¡Hombre, por Dios! Tampoco sea usted visionario.

GONZALO. Le juro á usted que á ninguna parte voy ya tranquilo: sin que nada me digan, todo lo escucho; sin que nada me enseñen, todo lo veo. En unos, hostilidad inexplicable; indiferencia en otros; en algunos, torpes ideas dignas del presidio. De esto no me he dado cuenta hasta hoy: hay quien se figura que el plan del Asilo es una inspiración egoísta. Más claro: que en el fondo de mi proyecto generoso, lo que late es un negocio vulgar.

DON FAUSTINO. Mire usted, Gonzalo: en la vida de todo hombre que va á ser algo en este mundo, hay un momento decisivo, solemne: aquel en que se siente fortificado por la conciencia clara de su propio valer, y seguro y satisfecho de sí mismo, trueca la mortificación en lástima, y en vez de odiar, compadece. Usted ya no cumple con su deber si deja que la envidia le robe un solo minuto de labor.

GONZALO. Pero ¿cómo puede ser envidia esto

que me rodea? ¡Es inconcebible! ¡es absurdo! Envidia ¿de qué? Antes yo, como todos los hombres, trabajé para mí, para los míos: en lo que quiero hacer ahora trabajo sólo para los demás, para los que no conozco, para los que nacieron más pobres, más débiles que yo. ¿Qué me envidian aquí?

DON FAUSTINO. ¿Le parece á usted poco todo eso? ¿ser capaz de pensar y de hacer todo eso?

GONZALO. Muy poco me parece: casi nada.

DON FAUSTINO. Sobre que ya le he dicho á usted lo que eso significa. Y es que la envidia, que sin duda es pasión universal, aquí, en España, es además un juego entretenido. ¡Y qué noble juego!... ¿Quién no lo sabe? Gustamos mucho de elevar á un hombre con gran algazara, para luego tirarle de los pies y que caiga de golpe y se estrelle. Claro está que en muchos casos el hombre no cae. Quiebras del juego.

GONZALO. No soy tan pesimista como usted. Á veces lo ruin, lo villano, parece mucho porque mucho alborota.

DON FAUSTINO. ¿Ah, sí? ¡Pues aplíquese usted el cuento, amigo! *Se levanta.*

GONZALO. No; si ahora hablaba en términos generales...

DON FAUSTINO. En términos generales acaso tenga usted razón. Si bien se mira, de nada debe juzgarse de una manera absoluta y sin distingos. ¿Sabe usted lo que decía un amigo mío — ya se ha muerto el pobre — á quien mortificaba atrocemente la frase de Ayala calificando la envidia de vicio nacional?

GONZALO. No, señor. ¿Qué decía? *Se levanta también.*

DON FAUSTINO. Decía — tal vez con fundamento — que en la propia bandera se encuentra la verdad del caso. Una franja amarilla y dos encarnadas: envidia y vergüenza. Esto es: que por muchos que sean los envidiosos, son el doble de ellos los que se ponen colorados de pensar que una cosa tan fea pueda ser al mismo tiempo tan española.

GONZALO. Su amigo de usted estaba en lo firme. Así pienso yo, y así he pensado siempre. Pero ¡ay! no puedo menos de llorar que aquella aspiración en que puse lo mejor de mi alma, me haga ver tantísima miseria y me cueste la primera arruga de la frente.

DON FAUSTINO. Es muy deplorable. Y nos estamos poniendo demasiado serios, y esto no va conmigo. Crea usted, y doblemos la hoja, que si no hubiera algo cierto y positivo detrás de esa arruga, no se le habría formado á usted. Es más: se pasaría usted la vida con la frente tirante y hueca como un tambor. Conque usted dirá qué es lo que prefiere. Y por si no teníamos bastante Asilo ya, ahí viene Gracia, que nos va á colmar las medidas.

GONZALO. Sí que lo ha tomado con un calor... Dios se lo pague.

DON FAUSTINO. Cuéntemelo usted á mí. La otra noche, al salir del teatro, vió á un chiquitín acurrucado en el hueco de una puerta: ese golfillo á quien le dicen Pilli... Bueno, pues le dió muchísima lástima, lo cogió, lo lió en su capa, lo me-

tió en el coche y aquí durmió. Por la mañana levantó el vuelo con la primera luz, y hasta otra. ¿Qué le parece á usted?

GONZALO. Que oyendo eso se olvida uno de lo demás.

*Vuelve GRACIA por la puerta de la izquierda.*

GRACIA. Usted va á tener la culpa de que yo pierda el poco seso que Dios me ha dado. Buenos días.

GONZALO. Buenos días. ¿Por qué dice usted eso, Gracia?

GRACIA. Demasiado lo sabe usted.

DON FAUSTINO. Ahí lo tienes: vencido en la batalla.

GONZALO. Vencido, no.

DON FAUSTINO. Herido y maltrecho: es igual.

GRACIA. ¡Usted también!... ¡Vaya unos hombres! Esta mañana estuvo aquí Berruguete, desalentado ya... y no hace veinte días que hemos puesto manos á la obra. José Ramón, su amigo de usted, me escribe también lleno de dudas, de desconfianza, que quiere verme, que quiere que hablemos... ¡el que parecía que iba á levantar en peso á Guadalema!... Y á última hora se nos presenta el héroe todo mustio y llorón... Mire usted qué cara... Le dan ustedes demasiada importancia á la gente.

GONZALO. ¡Pero si en este caso dependemos de ella!

GRACIA. Á pesar de eso: usted no oiga ni vea más que lo que convenga á su propósito, que es bueno. Lo demás, que se lo lleve el aire.

GONZALO. ¡Ojalá pudiera yo taparme los oídos y cerrar los ojos!...

*Se asoma JULIA á la puerta de la derecha.*

JULIA. Señor.

DON FAUSTINO. ¿Qué hay?

JULIA. El señor Lobo pregunta por usted.

DON FAUSTINO. ¿Lobo?

GONZALO. ¡Cristo! ¡El director de la compañía del Principal! Me voy por el jardín á toda prisa.

DON FAUSTINO. ¿Pero es una fiera, en efecto?

GONZALO. ¡Es pesadísimo! Me trae frito á consultas.

DON FAUSTINO. ¿Está malo?

GONZALO. ¡Qué ha de estar malo! No sabe qué comedia poner la noche de la función benéfica, y donde me ve me atrapa y me marea.

GRACIA. Pues que pase y lo resolveremos entre todos. Mire usted que el apuro...

DON FAUSTINO. Sí, sí, que pase. Su deber de usted es oirlo. A Julia. Que pase ese señor.

GONZALO. ¡Ya verán ustedes qué mosca!

GRACIA. Pues como actor no trabaja mal. Anoche lo aplaudían mucho siempre que se iba.

*Aparece LOBO en la puerta de la derecha.*

LOBO. ¿Hay permiso?

DON FAUSTINO. Adelante, caballero.

LOBO. Muy buenos días. ¿Tengo el gusto de hablar con el señor... Se le olvida el apellido de pronto, y quiere ayudar á la memoria tocando las castañuelas con los dedos. CON el señor?..

DON FAUSTINO. Salvándolo con una palabra. ¿Latorre?

LOBO. Latorre; justamente... Y no traía otra cosa en la cabeza.

DON FAUSTINO. Servidor de usted.

LOBO. Obligadísimo. Yo soy...

DON FAUSTINO. Ya lo sé. Presentando. Mi hija Gracia.

LOBO. Señorita...

DON FAUSTINO. Don Gonzalo Vega, autor del proyecto de Asilo...

LOBO. El señor y ya nos conocíamos yo. (¡Huy!...)

Se dan la mano.

DON FAUSTINO. ¿Ah, sí? No sabía... Siéntese usted, señor de Lobo.

LOBO. Muchas gracias.

DON FAUSTINO. Siéntese, haga el favor.

LOBO. Si estoy cansado de estar de pie...

DON FAUSTINO. Pues por eso mismo.

LOBO. Je...

Se sientan todos. La preocupación de Lobo durante la visita es demostrar soltura y distinción, cosa que dificulta más de lo que parece el traje de chaqué que se ha puesto. En tiempo fué elegante, pero las modas cambian mucho.

DON FAUSTINO. Viendo que no habla nadie. Señor de Lobo...

LOBO. Mándeme usted.

DON FAUSTINO. Considero muy honrada mi casa con la visita de tan ilustre actor, y sólo espero saber en qué puedo servirle.

LOBO. Creyendo que don Faustino le habla en serio. Gracias por la lisonja... Qué más quisiera yo que ser ilustre...

GRACIA. ¿Es cierto que han surgido dificultades para elegir la obra que ha de ponerse en la función de caridad?

LOBO. Muy cierto, señorita. Y á fin de orillarlas de la mejor manera posible, me envía aquí el señor don José Ramón... Vuelta á las castañuelas. Don José Ramón...

GRACIA. Carrasco.

LOBO. Carrasco. No traía otra cosa en la cabeza. Mi deseo excuso decir que es complacer á todo el mundo. Cabalmente me precio de tener una gran compañía, con un repertorio, aunque me esté mal el decirlo, de vaya usted con Dios.

DON FAUSTINO. ¡Hombre! Y con repertorio de tan hermosa condición, ¿qué género de obstáculos se presenta?

LOBO. Señor, yo me debo al público... yo me debo al abono... ¡yo no puedo hablar!

GONZALO. Entonces, ¿á qué ha venido usted?

DON FAUSTINO. Le advierto á usted que aquí se puede expresar con toda llaneza. Por fortuna nos hallamos libres de preocupaciones de cierta clase, de hipocresías...

LOBO. Ahí le duele, ahí le duele.

DON FAUSTINO. Se lo digo así para que se haga cargo de la casa en que está.

LOBO. Entendido. Hablaré con sinceridad absoluta. Yo vivo del público, pero esto no quita que *azvierta* sus errores y sus *dibildades*. La sociedad de Guadalema, mejor dicho, el abono, es de una mogigatería irritante, ridícula. Apenas ve un dejo de *moutarde* en la frase, ya está pun, pun,